

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS MIEMBROS DEL CENTRO DEPORTIVO ITALIANO

Sala Clementina

11 mayo 2019

¡Queridos amigos del Centro Deportivo Italiano!

Me alegro de vernos hoy o, mejor dicho, de volver a vernos, después de nuestra reunión de hace cinco años, de la que tengo un buen recuerdo. Saludo al Presidente, a quien agradezco sus palabras, y a los directores. Y os saludo a todos vosotros, chicos y chicas, y a vuestros entrenadores, árbitros y educadores. Estáis celebrando el septuagésimo quinto aniversario de vuestra asociación, que cuenta con más de un millón doscientos mil miembros y reúne numerosos clubes y asociaciones deportivas, así como miembros y grupos deportivos parroquiales y oratorios afiliados, presentes en todas partes de Italia.

Las competiciones y actividades que organizáis, dirigidas en particular a los más jóvenes, pero abiertas a todos los grupos de edad abarcan un gran número de disciplinas, ¡más de cien! No sería capaz de identificar un número tan grande de disciplinas diferentes, y esto me deja imaginar la variedad de vuestras propuestas y la inmensa fantasía del mundo del deporte, donde cada uno puede encontrar la especialidad por la que se siente más atraído.

Es a través de este gran compromiso de acompañamiento deportivo que el Centro Deportivo Italiano realiza su misión, es decir, ofrecer a los jóvenes, a través del deporte, un estilo de vida sano y positivo, que tenga como base la visión cristiana de la sociedad y del deporte. El deporte, de hecho, es una gran escuela, siempre y cuando se viva en el autocontrol y el respeto a los demás, en un compromiso de superación que enseñe dedicación y perseverancia, y en un espíritu competitivo que no pierda la sonrisa y también entrene para aceptar las derrotas.

Una gran lección del deporte, que nos ayuda a afrontar también el cansancio diario del estudio y del trabajo, así como la relación con los demás, y que uno se puede divertir solo dentro de un conjunto de reglas bien preciso. De hecho, si en una competición alguien se negara a respetar la regla del fuera de juego, o partiera antes de la señal de salida, o en un slalom saltara unas cuantas banderas, no habría más competición, sino sólo un rendimiento individual y desordenado. Por el contrario cuando te enfrentas a un oponente, aprendes que las reglas son esenciales para vivir juntos; que la felicidad no se encuentra en el desorden, sino en perseguir tus metas fielmente; y también aprendes que ya no te sientes libre cuando no tienes límites, sino cuando, con tus propios límites, das lo mejor de ti mismo. Tenemos que ser dueños de nuestros límites y no esclavos de nuestros límites.

Estos son los horizontes que nos abre el mundo del deporte, y cuántas son las consecuencias beneficiosas, para vosotros y para la sociedad en su conjunto, de la práctica del deporte como oportunidad de agregación, crecimiento y fraternidad. Por eso en vuestro Estatuto dice que el Centro Deportivo Italiano pretende dar testimonio del valor del deporte como herramienta para promover la acogida, la salud, el empleo, la igualdad de oportunidades, la protección del medio ambiente, la protección de la infancia y la adolescencia, la cohesión y la integración social.

Os podrían preguntar cómo podéis esperar que el deporte sea la herramienta para resolver tantos y tantos problemas, y para lograr una transformación tan profunda de nuestra sociedad. Podemos decir que el deporte puede hacer esto porque mejora a las personas y puede fomentar una cultura del diálogo

y del encuentro respetuoso. La lucha con los adversarios en las competiciones deportivas siempre se llama "encuentro", y nunca "enfrentamiento", porque al final, aunque es mejor ganar, en cierto modo ganan ambos. Este es el mundo con el que soñamos, y que con determinación queremos construir, sobre la base de una competencia sana, que siempre ve en el oponente a un amigo y a un hermano.

Este es el corazón de la visión cristiana del hombre, que para vosotros es también la base de la actividad deportiva. Con esta actitud, con este corazón ensanchado, cualquier actividad deportiva puede llamarse juego, jugar. Juegan los niños: el juego es la actividad de la alegría, siempre. Sólo desde esta base podemos alcanzar ideales tan altos y hermosos. Quizás vosotros, me preguntéis "Padre, ¿qué es esta visión cristiana de la vida que nos propone? ¿Es tal vez un principio abstracto o un concepto que puede entenderse después de haber estudiado mucho? ". ¡No, esto no se estudia! La visión cristiana significa aprender a mirar a los demás y a las cosas con los mismos ojos de Jesús, con los ojos de Dios, con los mismos ojos con los que Dios me mira: ver cómo veía Jesús, ver cómo ve Dios. Significa escuchar sus palabras para comprender sus sentimientos e intentar imitar sus gestos. Estad seguros de ello: Del Evangelio surge un mundo más hermoso y más justo en el que la diversidad de los demás no es un motivo para la división, sino para el crecimiento y la ayuda mutua.

Os animo a vivir con este espíritu en los oratorios y parroquias donde trabajáis, y a custodiar la fe que se os da, que es el bien más preciado para vuestra vida. Que siempre estéis agradecidos a los que os educan y acompañan, a los entrenadores, educadores, padres y a vuestras familias. Sed portadores de esperanza en todos los ambientes en los que os encontréis viviendo; y estad siempre cerca de los más débiles por una discapacidad, para que puedan participar en las diversas actividades junto con los demás y no se sientan nunca excluidos. Acompañad también, con vuestra amistad y apoyo activo, a aquellos de vosotros que participáis en proyectos de voluntariado deportivo internacional, que estáis llevando a cabo en diferentes países y que representan un valioso signo para nuestro tiempo. Esto es gratuidad. vuestra actividad debe inspirarse en la gratuidad: ¡dar! Y por eso es importante en el deporte preservar la dimensión amateur. Es muy importante porque preserva la gratuidad, la gratuidad de ser, de darse.

Deseo que viváis siempre con alegría vuestra vida asociativa y que os convirtáis también en misioneros en los ambientes que frecuentáis, transmitiendo la alegría de mejoraros cada día y de tender siempre la mano a los que os rodean con una mano amiga. Que el Señor bendiga vuestro camino, y también bendiga el mío. Y vosotros rezad y yo rezo por vosotros. ¡Gracias!

Francisco PP.

© Libreria Editrice Vaticana 2019